



El ángel apostillador

Ricardo Pon

1

Cuando comencé a escribir esta presentación tuve un sueño y me desperté con una frase: *ángel apostillador*. Cuando busqué el significado, el sentido, — sentido / sinsentido, el fuera del sentido, interrogado, estallado por Barbara Cassin y luego por Ernesto en su seminario—, sentido es una palabra próxima a sentimiento, y por eso del algún modo incómodamente personal, sentimiento que mucho de los presentes compartimos hacia Ernesto.

Decíamos entonces, el sentido de apostilla, pues apostillador, como ustedes saben, no existe en español. La apostilla es una acotación que comenta o completa un texto, apostilla incluye la palabra apuesta. Frase como resto, trozo de un sueño que olvidé por completo. Comentario y apuesta me parecieron un buen modo de introducirnos en: *...a mitad del camino la opacidad significativa... Seminario inconcluso de Ernesto Lansky*.

Demolición.

El efecto de un duelo puede ser demoledor. Ángel tiene un uso conocido por todos, como ser intermediario entre el cielo y la tierra, pero también encontré un uso más raro proveniente de la jerga militar: *palanqueta* (*barra de hierro empleada como proyectil*). El ángel apostillador, entonces se me impuso como aquel que demuele con una palanqueta, mediante acotaciones, comentarios, apostillas. Hay algo demoledor, incluso malévolamente en una analítica practicada por Ernesto, por Allouch y por muchos otros, sobre Freud y Lacan.

*Demolición*¹, también es el título de una película donde el protagonista está de duelo, luego de la muerte de su esposa, a la que aparentemente no amaba. Paradoja, podemos

¹ *Demolición*. EEUU, 2015, Dirigida por Jean-Marc Vallée

estar de duelo por alguien que no conocimos, un caso, el tío Louis de Althusser, en sus memorias relata la imprevista y temprana muerte de este tío, en la primera guerra, inicio de una serie de sustituciones catastróficas; también puede serlo el de alguien que uno no sospechaba amar. Ella *no era amada* (al decir del protagonista) era más bien amable.

La “perfecta” y vacía vida del protagonista pierde el rumbo, a pesar de su perfecta casa, de su perfecto y redituable trabajo como financista con su envidiable oficina en el techo mismo de Manhattan.

Esa muerte lo conectó con el vacío de sí mismo, en ese proceso conoce poco a poco a esa desconocida que era su propia esposa, que tenía el amoroso cuidado de ocultarle cosas decisivas: los muertos pueden estar mucho más próximos a nosotros que los vivos.

Desorientado, quiere que nada en su vida cambie, continúa con su ritmo habitual, va al trabajo en los días de duelo, pero algo comienza a fallar y recibe mensajes póstumos de la difunta. El primer mensaje solicitando la reparación de la heladera, mediante una nota que la imprevista muerte convierte en póstuma. Esto último la re-significa por completo, la convierte en un mensaje o un mandato del más allá, mensaje que lo comienza a guiar.

Es sabido que para reparar algo hay que encontrar la falla y ese proceso incluye desarmar parte del objeto. Algo que hace prolijamente, pero ese proceso que debe ser parcial y localizado, solo para retirar la parte dañada y reemplazarla por la pieza nueva, se expande y continua con el retiro de todas las piezas de la máquina estropeada, la heladera. Las piezas producto de la búsqueda de la falla se esparcen por el piso, y los restos se esparcen por el suelo, en espera de un segundo momento. Los restos se acumulan, el segundo momento, el de la reparación, no arriba nunca, metáfora de la muerte que nos arrebató algo dejando un vacío que no puede repararse.

Solo es el comienzo. Luego de desmontar todo lo que está roto comienza a desmontar lo que no necesita reparación alguna pues está intacto. Un segundo mensaje llega por correo, su esposa había comprado una cafetera carísima, y cumpliendo el mandato del primer mensaje, *la repara*. Las acciones localizadas comienzan una escalada, entonces paga a unos obreros que miran estupefactos como demuele una casa, con ardoroso fervor, la escalada destructiva se hace tan alta que alcanza su propia casa.

La demolición como respuesta a un modo de vida poblado de máquinas como el estadounidense, de *gadgets*. Lacan en Roma, en octubre de 1974, vaticinó su proliferación producto de la ciencia, ¿ustedes saben qué son los gadgets? Hay muchísimos: el zapatófono del súper agente 86, la campana del silencio perfectamente inútil, son modos cómicos de presentarlos, tienen el aspecto de cosas imprescindibles, extremadamente útiles ¿acaso alguien sabe dónde tengo o tienen guardada la multiprocesadora? Esas películas de agentes secretos repletos de accesorios proliferaron en los ‘70.

Los gadgets nos encantan, son devoradores dice Lacan; ustedes tienen un accesorio devorador en el bolsillo del caballero, en la cartera de la dama, que nos ocupa y nos aleja de las verdaderas cosas a saber, nos decía Lacan, de la religión. Gadgets traducido rápida y furtivamente como *accesorio*, para espanto de los conocedores del francés. Entonces lo accesorio puede ocupar un devorador lugar central, encontré una similitud entre ambos: Ernesto y el personaje de la película, ellos libran una batalla contra lo accesorio para llegar al fondo de las cosas.

El tono solemne de frases-eslogan: *no hay cadena significativa, no hay relación sexual*, etcétera; las pacientes sesiones como responsable respuesta a la furia que le provocaba ese modo sentencioso y por ende antilacanianiano de tratar a Lacan.

¿Podríamos permitirnos hacer una analogía con el análisis como demolición? La escritura analítica que intenta transmitir lo intransmisible, eso que dice Lacan casi al fin de su vida, que el psicoanálisis es intransmisible y cada practicante debe reinventarlo ¿no se puede ver esa propuesta de Lacan como una demolición? Formularnos preguntas, verdaderas preguntas ¿no acarrea siempre el riesgo de demoler nuestras ideas más preciadas?

Primera sesión del seminario de Ernesto

Nos introduce en acto en la práctica doxográfica -grafía implica fijar, nos dice Barbara Cassin. Se trata del pasaje de lo oral a lo escrito. Los habituados a leer Lacan conocen los problemas del pasaje de lo oral a lo escrito; es una obviedad recordarles que deben leer *Jacques el sofista* junto a las sesiones de Ernesto.

Él nos cuenta entonces haber escuchado a Ricardo Foster estupefacto, leyendo a Derrida. Sabemos por el cuidado de edición que el libro en cuestión es *Políticas de la amistad*, inquietante título pues suena raro aproximar amistad y política, evidencia del marcado compromiso que profesaba Lansky por la teoría y la praxis política. Entonces Derrida cita a Montaigne: “*Oh amigos míos, no hay ningún amigo*”, frase que a su vez se atribuye a Aristóteles, (doxografía cita de la cita...). Fíjense que la oralidad como la transmisión están presentes incluyendo la doxografía de Foster que muestra, como dice Cassin, lo oral como una *cadena de presencias*². Foster cita a Derrida que, a su vez, semana a semana practica el estilo oral en sus sesiones de seminario:

...las voces, los tonos, los modos, las estrategias de esa frase, (oh amigos, no hay ningún amigo) para replantear después su interpretación o para hacer girar en torno a ella una escenografía.

(...) en la medida en que retorna de manera regular bajo los rasgos del hermano (...) la figura del amigo parece que forma parte espontáneamente de esa conjugación familiar, fraternalista y en consecuencia androcentrada de la política.

Y se pregunta:

¿Por qué el amigo sería como un hermano?

Siguiendo la indicación de Ernesto, voy a extraer un trocito dentro de la complejidad abrumante del texto de Derrida, entonces la frase: *Oh amigos, no hay ningún amigo*, puede leerse manteniendo su poder de para-doxa como: *Oh enemigos míos, no hay ningún enemigo*, la palabra amigo convoca a esa dupla amigo/enemigo, si hay amigos es porque también hay enemigos pero, como veremos, la cuestión no es tan sencilla, pues siempre acecha la aproximación posible entre el amigo y el hosti (que significa enemigo); la hostilidad hacia el amigo hace que ese amigo se convierta en un amigo/enemigo (a la vez), o el contrario no menos frecuente -peligroso- que es el amor por el enemigo. Podemos amar a nuestro enemigo, eso nos abre el problema de cómo regularnos con las malévolas intenciones del otro.

² Barbara Cassin, *Jacques el sofista. Lacan, logos y psicoanálisis*, Manantial, Buenos Aires, 2013, p.17

Ahora bien, en cuanto a la proximidad amigo-hermano, señalaré que el sexo del amigo importa, los problemas que introduce la hermana indócil (Antígonas, en plural en Derrida, pues hay varias modalidades de amigas indóciles) *para el concepto de fraternidad* que como decíamos es androcentrado. Al mismo tiempo (y me contradigo) no importa el sexo declarado de los participantes, hay un matiz en los enunciados, pues tratándose de la función amigo, esa inquietante función nos mete de lleno en lo fraternal, ustedes se acuerdan del célebre *libertad, igualdad, fraternidad*, que nos pone en las puertas de la pastoral católica, donde el prójimo, el próximo, el que está junto a nosotros -no importa qué intenciones tenga hacia nosotros- es nuestro hermano. Si el amigo es un hermano, estamos de lleno en un familiarismo, que en psicoanálisis ha dejado profundas y negativas huellas.

Tercer abordaje:

Los temas son disyuntos, *Oh amigos, no hay ningún amigo*. Disyuntos pero juntos, contrarios, diferentes, excluyentes.

Ernesto prosigue en la sesión hablando de la amistad (*philia*), su inexistencia, la amistad y la comunidad, el comunismo intelectual y la apertura en sus sesiones al aporte: ¿de quién? Ese juego disyunto permanece y nos deja solos ante la alternativa de escoger por ¿cuál alternativa? Entonces no hay amigos, pero a continuación los enumera: tal amigo me regaló tal cosa, otro dijo tal cosa, etcétera, dejando en suspenso la resolución del enigma. El que escucha tiene la tarea de decidir por la afirmativa a alguna de las dos alternativas posibles.

Hacer preguntas es destruir. Ernesto, el ángel apostillador, era demoledor, como el personaje del film que buscaba algo desfondando las cosas.

La belleza del silencio.

La imagen que apreciamos en la tapa del libro se llama *La seducción del abismo*, fue expuesta en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires desde el 14 de abril al 7 de junio de 2015. La muestra: *la mirada interior*, incluía tres series cronológicas, *los inicios, el grito, el silencio*. Este cuadro está incluido en la serie: la belleza del silencio. Como ven, los personajes cubren su cabeza y cuerpo con túnicas, sobre un fondo fantasmagórico, donde se adivinan tenues figuras, lo que da un aire sagrado y extemporáneo al conjunto. El manto de una de las cabezas nos recuerda el pañuelo de las madres, el piso prolijamente embaldosado, los límites tajantes, una tenue y evanescente luz roja como único habitante del abismo (túnicas igualitarias, diferente a la vestimenta que utilizamos signo de estatus social y modo coactivo de declararse sexuado).

Cuando se está frente al abismo importa poco el sexo de los participantes, para Eugenio Cuttica hacer arte es un salto al abismo.

El trabajo del demoledor no es tan apreciado, no es un oficio valorizado como el del constructor, uno apunta a la obra, el otro más bien a la ausencia, incluso a la destrucción de obra.

El arte ha tropezado con paradojas semejantes, con furibundas discusiones, el arte efímero, el hapenning: obra efímera que incluye su propia destrucción incorporando al espectador en la obra misma.

Por el contrario, los museos son lugares destinados a la conservación, todo puede ser destruido salvo el arte de los museos. Ciertas corrientes del arte moderno más conectado

a la vida, el movimiento, aceptan la destrucción como elemento vital y por lo tanto de la obra misma.

Algo no suele verse, no hay construcción sin destrucción, ¿Cómo, escuchamos bien? ¿No hay construcción sin destrucción?, es sorprendente y molesto el ruido provocado por el uso de cortafierros³ en una obra en construcción, ¿cómo es posible que se construya algo nuevo con un elemento tan destructivo como un cortafierros?

La posición de alumno-discípulo que propone Allouch va en esa dirección, en *El psicoanálisis, una erotología de pasaje* dice:

[...] este acto más bien malévolamente con respecto a Lacan -como por otra parte es necesariamente malévolamente, para el sistema yoico de la “complacencia”, [...] Nada resiste, señalaba Thomas Bernhard, a semejante lectura. Tomen la más hermosa sinfonía, el más hermoso cuadro, la más maravillosa novela e incluso el más bello poema, estudiándolo en detalle y se desfondará, no dejándoles en las manos más que notas, manchas, letras dispersas.⁴

Una analítica es un desmontaje, pero no se trata solo de repetir los resultados de ese desmontaje ahorrándonos el trayecto.

Método

Como respuesta a las lecturas rápidas y abreviadas de Lacan, Ernesto propone acampar en un lugar, explorar una geografía, recorrerla, detenerse en los detalles -los aparentemente ínfimos pero significativos de una sesión de seminario-, desplegar, interrogar paso a paso, ajustarse, todo lo contrario a lo que hacen los que leen a Lacan a velocidad de jet.

Sigue los pasos de Allouch que en determinados momentos se presentó como un obrero, un laburante del psicoanálisis. El acampante también labura, pero también habita de modo lúdico, en esa analítica.

El análisis mismo tiene un lado repulsivo, de pura pérdida. Entonces en ese trabajo de demolición/construcción bordea ese agujero y hay momentos de salto al abismo para encontrar cosas nuevas como hace Eugenio Cuttica.

Por último.

Ocurrió un hecho extraño, me encontraba trabajando el libro de Sergio Campbell sobre el llamado masoquismo, y un extraño azar quiso que esa presentación y la del libro de Ernesto se aproximaran.⁵

La molesta dupla S/M que Sergio interpela, reúne infatigablemente la figura del amado que se pasea indiferente ante la mirada impotente y sufriente del amante: el amado no necesita de látigos para hacer sentir su tormentoso efecto.

³ Palabra con lapsus calami, primero por añadidura escribí fierros (aquellos de armas portar) y luego en la corrección fieros.

⁴ Jean Allouch, *El psicoanálisis, una erotología de pasaje*, Litoral, Córdoba, Argentina, p.16.

⁵ La presentación del libro *Sacher-Masoch. Análisis de un amor impuro*, se haría días después de la del de Ernesto Lansky.

Esa obsesión sadomasoquista que caracteriza el amable ambiente sexual, nombre de un seminario de Allouch. Se eligió entonces obsesión para traducir *hantise* que deriva de *hanter*, que revela el carácter insistente del fenómeno. *Hanter* incluye atormentarse pero también refiere a un fantasma que aparece.

La casa embrujada es el lugar donde habitan los fantasmas, los aparecidos, de allí la idea de traducir *hantise* por embrujo, siguiendo la vía del sentido ambivalente de las palabras, si nos permitimos esta licencia podemos decir: *este embrujo sadomasoquista...*

Víctima entonces de ese embrujo, escuché *La llorona*⁶, donde un negro picante cuenta los efectos de ese embrujo. Hay varias versiones, en una de esas versiones escuchamos este verso:

*Anoche yo tuve un sueño
que dos negros me mataban;
eran tus divinos ojos
que sin querer me miraban.*

La humildad de la escena, los ojos que sin querer lo miraban, mínimo e involuntario gesto suficiente para efectuar un fatídico influjo, esa disparidad entre aquella que por casualidad mira al picante negro, suscitaba en él -por la indiferencia misma- una intensa turbación comparable a la muerte.

La concisa brillantez de la interpretación y el embrujo de la historia, incitaron un sueño, con una sola escena: *un hombre me golpeaba con un puño en el que encerraba dos piedras*. La angustia interrumpió de inmediato el sueño por su atroz violencia, una multitud de asociaciones arribaron en ese perturbador estado, una de ellas en francés: *deux pierre lunaire*, próxima a Pierrot Lunaire⁷. Casi de inmediato se compuso una frase que me liberó de la angustia: Ernesto, tus ojos son dos piedras lunares que me azotan.

El autor de esta presentación quiere agradecer a todos aquellos que posibilitaron que este libro salga a luz. A la familia de Ernesto Lansky, por haber propiciado este trabajo abriendo los archivos con la importante colaboración de Marcelo Arias.

A Silvia Halac y a todo el equipo de Ediciones Literales que han cuidado la edición: Mercedes Remondino, María del Carmen Melegatti, Beatriz Bertero, a María Elena Dalmas y a José Assandri que se sumó desde Uruguay. A los prólogos muy precisos -a cargo de José Assandri y Elisa González- con los que concuerda plenamente. El trabajo que han realizado lo hace sentir muy orgulloso de pertenecer a la *ÉcoleLacanienne de Psychanalyse*.

Quiere agradecer en especial a Ruben Goldberg, que siempre acompaña a las actividades de la *École*, quien ofreciera la librería donde Ernesto desarrolló su seminario.

⁶ La Llorona, Chavela Vargas.

⁷ Bar de Córdoba donde se realizó la presentación.